

del nuevo pueblo americano, creyente, trabajador y sufrido, en suma, por muchos defectos que aún tenga, y que parece destinado providencialmente á poblar las inmensas regiones tropicales de ambas Américas; pueblo que puede elevarse á mucha altura social ó recaer en la barbarie, según que en él se conserve ó pierda la influencia de la religión. Á este trabajo tan múltiple y largo acudieron los religiosos con celo incansable y perseverante. Siendo como era escasísimo el clero secular en un principio, ellos fueron casi siempre los primeros párrocos en las feligresías rurales, denominadas entonces *doctrinas*. Ellos asimismo preocupáronse en especial de los indios y negros, á los cuales con gracioso eufemismo llamaban *naturales* y *morenos*, fundando para ellos cofradías y capillas propias, proporcionándoles en lo posible alguna instrucción y algún oficio, dándoles á menudo el pan del cuerpo y del alma juntamente.

Sobre lo que han hecho las Órdenes religiosas por el adelanto intelectual de América pudiera escribirse un libro: durante los siglos XVI y XVII, que pudiéramos llamar la edad media americana, los conventos volvieron á ser, como antes lo habían sido en Europa, los asilos de las ciencias y las artes. En las ciudades de la colonia no hubo al principio más colegios y escuelas que los de los claustros conventuales; y casi todas las universidades de la que hoy empieza á distinguirse como América Latina, fueron fundadas y dirigidas por dominicanos y jesuitas. Al mismo tiempo enseñaban los frailes los oficios manuales á los muchachos indígenas ó criollos; y las artes por mucho tiempo casi no tuvieron otra escuela, otro campo de acción que las iglesias y las casas monásticas. Recórrase la América desde la California y la Florida hasta la Patagonia, y se verá que los edificios notables levantados durante los tres primeros siglos de nuestra historia son casi todos obra

de los religiosos, á quienes igualmente se deben las pinturas y esculturas traídas de Europa ó hechas en el país á imitación de las europeas. Algunos entre ellos eran arquitectos, pintores ó escultores distinguidos, y todos los conventos en general abrían sus puertas y favorecían á los artistas seculares.

De los sabios y escritores americanos que en aquella época florecieron, la gran mayoría estuvo compuesta de clérigos y frailes: inteligencias superiores, cuya luz por desgracia hubo casi siempre de consumirse y apagarse, sin dejar rastro, después de brillar en diminuta esfera; mas á veces era tal su esplendor, que aun traspasaba el océano y llegaba hasta la vieja Europa. Canonistas y jurisconsultos hubo, nacidos en América y educados en sus conventos, que hicieron un tiempo autoridad en España; literatos y poetas, y aun poetisas, que desde el claustro americano alternaron con los de la Península. Y en el penúltimo siglo muchos jesuitas americanos, de los expatriados por Carlos III, se hicieron admirar por su profunda ciencia ó amena literatura en la corte pontificia y las cultas ciudades de Italia, figurando á la par de sus hermanos españoles. Allí están, entre otros, los sabios mejicanos Clavigero y Alegre; el ecuatoriano Aguirre, consultor predilecto del futuro Pío VII, entonces cardenal Chiaramonti; Viescas, también ecuatoriano, brazo derecho del cardenal Valentín Gonzaga para reorganizar la instrucción pública en Ravena.

Si hemos de subir á regiones más altas aún que las del entendimiento, si hemos de considerar el fruto de la civilización cristiana en lo que tiene de más substancial, de más exquisito y, digámoslo, de más divino, en la santidad; veremos que América la produjo también, y principalmente en los conventos de los religiosos ó bajo la influencia de éstos. Las primicias del martirio las ofreció la joven Iglesia americana allá en las lejanas playas del Japón,

uniendo así las orillas opuestas del Grande Océano, en la persona del francisco Fray Felipe de Jesús, heroico mozo mejicano, que de aventurero se trocó en santo mártir, al cual acompañan hoy en el cielo cien misioneros que han derramado su sangre en las misiones del Nuevo Mundo. Cada una de las grandes Órdenes religiosas se gloria de sus santos, santificados y muertos en América, aunque allí no hubiesen nacido todos ellos. Los menores tienen, además del protomártir americano, á San Francisco Solano y al Beato Sebastián de Aparicio; los dominicos, á San Luis Beltrán, al Beato Juan Masías y al tan amable Beato Martín de Porras, mulato peruano que pertenece á la raza negra por su madre ecuatoriana, prueba manifiesta de la altura hasta donde eleva á las almas el cristianismo, sacándolas de lo más ínfimo de la plebe, sin distinción de climas, razas y condiciones. La Compañía de Jesús tiene la suerte de preparar al futuro patrón de la raza negra, de las misiones africanas y de todas las cruzadas antiesclavistas, en el admirable San Pedro Claver, el apóstol de los esclavos en la opulenta Cartagena de Indias. Y las dos flores fragantísimas del huerto americano, Rosa de Lima y Mariana de Jesús, Azucena de Quito, ¿no fueron acaso cultivadas para el cielo por las Órdenes beneméritas de Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola? Y los mismos jesuitas, ¿no educaron, poco después, bajo otro cielo y otro clima, en la misión canadiense del Llano de la Magdalena, á esa flor modesta, pura y olorosa de la raza indígena, á aquella joven india Catalina Tagakuita, cuya causa de beatificación ha pedido que se introduzca el tercer concilio plenario de Baltimore?

Los santos, dirémoslo familiarmente, no son más que la flor y nata de la humanidad; no aparecen sino allí donde existe ya un fondo substancioso de virtudes cristianas. Los santos americanos son, pues, algo más que claro indicio,

prueba evidente de que en las colonias españolas, portuguesas y francesas, á pesar de las crueldades de la conquista y las miserias de la sociedad colonial, la savia del Evangelio fué tan vigorosa que logró reprimir esos vicios, impidió la corrupción y muerte moral de aquellos países; antes bien, les hizo producir miles y miles de familias profundamente cristianas, como lo comprueba la historia, que han sido y serán la fibra sana y robusta con que acaben de formarse, crezcan, brillen y cumplan su misión en la tierra las nuevas naciones de la América Latina.

Este resultado, si hemos de ser justos, mirando las cosas desde lo alto en su conjunto, sin parar mientes en los defectos parciales, débese en verdad á la Iglesia católica, cuya acción desempeñaron casi exclusivamente al principio las Órdenes religiosas, y después cooperando con el episcopado y el clero secular hasta nuestros días. No desconocemos ni ocultamos que, andando el tiempo, se produjo en las colonias españolas y portuguesas una decadencia deplorable de las Órdenes religiosas, de tal modo que, al empezar la vida independiente de aquéllas, la sal de la tierra se había desvanecido, en muchos puntos el santuario estaba profanado, y el escándalo manaba, de un modo lamentable, de donde no debiera salir sino el buen ejemplo. ¡Triste suerte de toda institución religiosa que tiene su parte humana! Tan luego como cesa de purificarla y vivificarla el espíritu divino de la gracia, corrómpease y muere, cual árbol roído por oculto gusano. ¿De dónde procedió esta decadencia innegable de los conventos en América? Del regalismo y el filosofismo, que, maleando la creencia y aflojando la disciplina, alejaron á los frailes de la autoridad legítima; de la falta de ciencia en muchos de ellos; de la riqueza excesiva en varias comunidades, cuyos individuos al ingresar en ellas más buscaban generalmente cómo asegurar el pan y la holganza, que el seguir una verdadera

vocación. Causas son éstas que ante la historia imparcial explican ese triste cambio, el cual, sin embargo, dejó intacta, como protesta viva y semilla de regeneración, la parte sana de las comunidades, compuesta de frailes virtuosos aun en medio de la relajación general. Dios, que ama tanto á su Iglesia, cuida por lo mismo de curar ó amputar sus miembros enfermos, para lo que se vale á menudo del hierro y el fuego, á manera de cirujano sabio y compasivo. Las persecuciones han sido en la América Latina, durante el siglo XIX, la cuchilla de esta operación salvadora. La revolución en el orden moral seméjase á la tempestad en la naturaleza: causa destrozo y ruina, es cierto, pero depura el ambiente; caen las ramas secas y los árboles carcomidos, pero se robustecen los que aun tienen savia y vigor. Así como el bosque azotado por el huracán recobra después mayor vida y esparce más penetrante aroma, así la Iglesia después de cada persecución se levanta rejuvenecida y fecunda. Por esto, en las repúblicas americanas, tras las revoluciones que destruyeron tantos conventos, hemos visto reflorar las antiguas Órdenes religiosas, establecerse las congregaciones modernas, y trabajar unas y otras á porfía en las misiones, en las casas de educación y beneficencia, gracias á la iniciativa de grandes estadistas como García Moreno y Núñez, ó bien á la sincera libertad republicana y democrática, como en Chile, la Argentina y el Brasil; al paso que, donde se hallan excluidos los religiosos, ó en la medida que lo están, como sucede en Venezuela y Guatemala, la situación precaria y lamentable de la Iglesia corre parejas con el más tiránico despotismo, que algún día quiera Dios cese y desaparezca de todos los países que se precian de pertenecer á la libre América.

Las grandes Órdenes mendicantes sostienen hoy su antigua fama en la predicación y las misiones; los benedictinos se reorganizan en el Brasil; los jesuitas han vuelto á abrir

colegios, que sobresalen entre los mejores, trabajan en todos los terrenos; y con ellos los institutos modernos de capuchinos, redentoristas, lazaristas, Padres de los Sagrados Corazones (de Picpús), Hermanos de las Escuelas Cristianas, que educan á millares de niños, y otros muchos que sería largo enumerar. Con todo, mención especial debemos hacer de los salesianos de Don Bosco, que no sólo evangelizan la Patagonia, sino que, por medio de la educación más apropiada á las necesidades actuales, forman y levantan á los hijos del pueblo, en esta América Latina que parece haberles sido destinada por la Providencia para sus tareas apostólicas. Ahora, en suma, como al principio, los religiosos son en América los auxiliares más útiles de los obispos, cooperadores y suplentes del clero secular todavía escaso; contribuyendo grandemente, cual elemento eficaz de vida intelectual y moral, á la verdadera civilización del pueblo americano. ¡Desgraciado el país del Nuevo Mundo que no quiera comprenderlo!

El que mejor lo ha comprendido es el coloso de los Estados Unidos. En ninguna parte gozan de mayor libertad y garantías los religiosos. El gobierno de Wáshington, y en igual grado el del Canadá, no se olvidan que los *pionniers* de la civilización en el *Far West* fueron los misioneros, que sólo ellos pudieron ablandar la condición hosca y belicosa de los pieles rojas, y aun hoy son los agentes y fiadores de la paz y el progreso entre esas tribus. Los obispos tampoco olvidan que la formación de sus diócesis hoy prósperas, cuyos principios fueron tan humildes, se debió en gran parte á los religiosos, ora en el Canadá y la Luisiana, al amparo de la Francia monárquica y católica¹, ó en las regiones entonces españolas y dependientes

¹ La jerarquía católica en el Canadá empezó con Mons. Francisco de Montmorency Laval, vicario apostólico en 1659 y obispo de Quebec en 1674, cuya diócesis fué elevada á arzobispado en 1844.

del virreinato de Méjico, ora entre los celos y odios sectarios de la Inglaterra protestante, á orillas del Atlántico. Nada más tierno y poético que el arribo de las dos navicillas el *Arca de Alianza* y la *Paloma* á la bahía del Potomac, el 25 de marzo de 1634, y la fundación de *Maryland*, la tierra de María, por los emigrantes católicos: éstos trajeron, con Lord Baltimore por jefe, á esas playas americanas la semilla del catolicismo; y algo más, notémoslo bien, el germen de la tolerancia religiosa de los Estados Unidos. Pues bien, ¿sabéis qué religiosos dirigían aquella primera colonia católica, en la cual Dios bosquejaba desde entonces una nueva época, un nuevo *modus vivendi* para su Iglesia, libre y fecunda en medio de la democracia moderna? Eran dos jesuitas, los Padres White y Altham. Sobre manera interesante é instructiva es la historia de las misiones católicas en la América inglesa, bajo gobiernos fanáticos y á menudo perseguidores: tales eran los de Crómwell, y la casa de Orange y Hannóver. La independencia de los Estados Unidos aseguró á la Iglesia norteamericana la libertad y permitióle multiplicarse, realizando á la letra la parábola evangélica del grano de mostaza. Entonces fué también cuando comenzó su jerarquía en la persona del celeberrimo Padre Cárrol, amigo de Wáshington, nombrado prefecto apostólico en 1786, obispo de Baltimore en 1789 y arzobispo en 1808. Era el Padre Cárrol un antiguo jesuita, y sus compañeros, después de la supresión de la Compañía, quedáronse con él y formaron el primer clero parroquial de aquella Iglesia naciente. El terror de la revolución francesa arrojó también á las costas americanas del Atlántico sacerdotes y religiosos, que á su nueva patria comunicaron todo el celo ardoroso é inteligente de la antigua Iglesia de Francia, la cual parece hoy reproducirse en la del Canadá.

Las primicias del apostolado en este hermoso y óptimo país corresponden á los Padres Recoletos (rama francis-

cana, hoy refundida en la Orden de Menores), quienes desde 1615 predicaban á los algonquines y hurones. Ellos mismos, con raro desinterés, llamaron á los jesuitas, quienes se pusieron luego en campaña y sostuvieron, á costa de indecibles fatigas y peligros, una de sus misiones más difíciles, ilustrada por varios mártires, entre otros el venerable Padre Jogues, horrendamente atormentado y muerto por los iroqueses. Sin embargo, lo que tal vez contribuyó más que nada á extender y arraigar la fe católica en aquellas comarcas fué la intervención de la Compañía de Montreal, cuyo fin primero era el de, «sin ser gravosa al rey, al clero ni al pueblo, buscar la gloria de Dios y el establecimiento de la religión en la Nueva Francia». El inspirador y promotor de esta sociedad mixta fué el venerable Monsieur Olier, verdadero reformador del clero francés con San Vicente de Paúl; y ejecutora de sus ideas y planes fué su pequeña Compañía de San Sulpicio, simple asociación de sacerdotes seculares con todas las virtudes religiosas, en la cual no sabemos qué admirar más, si el mérito ó la modestia. Los sulpicianos, á más de tomar parte activa en las misiones canadienses y organizar la parroquia modelo de Santa María de Montreal, han educado á una porción considerable del clero del Canadá y los Estados Unidos, y por medio del clero al pueblo católico de estas dos grandes y poderosas naciones. Hoy, á todos estos obreros de la primera hora ya se han juntado otros muchos, enviados por varias Órdenes y congregaciones religiosas, entre las cuales es digna de mención la de los Oblatos de María Inmaculada, que van ganando para el catolicismo el enorme Oeste canadiense, á pesar de los esfuerzos y recursos de la propaganda protestante.

En el Canadá, por otra parte, es donde más se advierte la influencia benéfica de las congregaciones religiosas para la educación de la mujer, desde el comienzo de la colonia;

y á esta circunstancia atribuimos lo firme, constante y ardiente de la fe católica en este país. Las ursulinas se instalan ya en Quebec el año de 1639, y catorce años después llega á Montreal la heroica Margarita Bourgeoys, que funda la congregación de Nuestra Señora. Estos dos institutos, desde hace tres siglos, han educado centenares de religiosas canadienses y millares de madres de familia, que han hecho del Canadá católico lo que es hoy. No nos sería posible nombrar siquiera todas las congregaciones de mujeres docentes ú hospitalarias, fundadas treinta por lo menos en el *Dominion* y otras muchas venidas de Europa. «En las diócesis del Bajo-Canadá sobre todo», dice un estudio reciente muy documentado, «la fecundidad de la Iglesia ha parecido inagotable durante los últimos cincuenta años. No es solamente la educación de las niñas, la que ha podido aprovecharse de los heroicos sacrificios suscitados por la religión católica; es también la caridad bajo todas sus formas, hospitales, orfanotrofios, jardines de niños, refugios, hospicios, obradores, asilos, cuidado material de los seminarios menores y colegios, lo que ha movido la actividad de muchas almas y provocado múltiples inmolaciones.»¹

Los Estados Unidos no han ido en zaga á la nación vecina, durante el próximo pasado siglo. Digno de notarse es el que allí la primera comunidad de mujeres fué de contemplativas, nada menos que el monasterio de carmelitas de Baltimore, en 1790. Poco después abriéronse los de clarisas y salesas; y la célebre Miss Seton, protestante convertida, fundó la congregación de Hermanas de la Caridad americanas. Estaba dado el impulso, y poco á poco fueron estableciéndose otros varios institutos venidos de Europa ó de origen nacional: entre estos últimos

¹ *A. Fournet*, artículo sobre el Canadá, en el «*Dictionnaire de Théologie Catholique*» (París, 1904).

es muy conocido el de los paulistas, fundado por el Padre Hécker, para trabajar especialmente en la conversión de los protestantes. En resumen, diremos con un testigo autorizado: «La prodigiosa expansión que en este último tiempo han tomado en los Estados Unidos las Órdenes religiosas de hombres y mujeres, no es una de las señales menos significativas del vigor religioso de la Iglesia americana. Todas las Órdenes que posee la Europa occidental, con excepción de los cartujos, están hoy naturalizadas en los Estados Unidos, sin contar las que allí han nacido... Hay actualmente en los Estados Unidos cuarenta y cinco congregaciones religiosas de hombres, y noventa y cinco de mujeres.»¹ Todas ellas contribuyen á la cultura y engrandecimiento de su patria; todas ellas hablan, escriben, trabajan y poseen bienes raíces libremente al amparo de las leyes; todas ellas son respetadas por las autoridades y por el pueblo, no sólo católico, sino también protestante. He aquí los ejemplos que nos da la América del Norte y sería bueno imitar, ya que se ha puesto de moda en la América Latina ensalzar á todo trance el progreso norteamericano.

Las colonias españolas y portuguesas no tuvieron por lo general institutos de religiosas exclusivamente dedicadas á la enseñanza; pero los mismos conventos de contemplativas, tales como las concepcionistas, dominicanas, agustinas, y otras, dedicaban una parte de sus claustros á escuelas, ó las tenían vecinas bajo su amparo, para la educación del sexo que la Iglesia honra con el bello dictado de piadoso. Con todo, ya á mediados del siglo XVII el venerable Pedro de Bethencourt fundó en Guatemala la doble congregación de betlemitas, cuya rama femenina, hasta hoy existente y próspera, ocúpase en la educación

¹ *G. André*, artículo sobre el catolicismo en los Estados Unidos (art. *Amérique*), en el «*Dictionnaire de Théologie Catholique*» (París, 1900).

de las niñas. Mas el incremento y progreso de ésta no se realizó sino después de la independencia de los países ibero-americanos, mediante la introducción de varias congregaciones docentes, venidas de Europa, particularmente de Francia. Hoy en las repúblicas más adelantadas de América Latina trabajan á porfía centenares de religiosas francesas, españolas, belgas é italianas, con otras tantas hijas del país, en levantar el nivel intelectual y formar el corazón puro y sensible de la mujer católica, dándole mayor seriedad, firmeza y abnegación. Desde la mitad del siglo XIX, poco más ó menos, hanse establecido un sinnúmero de colegios, pensionados, escuelas, orfanotrofios y asilos, dirigidos por las Hermanas del Sagrado Corazón, ursulinas, Hermanas de los Sagrados Corazones (de Picpús), de la Providencia, del Buen Pastor, de Nuestra Señora del Huerto, de San José de Cluny, de María Auxiliadora, doroteas, terciarias dominicanas, franciscanas, carmelitanas, y otras muchas; á las cuales se juntan las de origen nacional, como las betlemitas ya mencionadas, en Méjico las josefinas y las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, en el Ecuador las Hermanas de la Beata Mariana de Jesús. Por su lado, el ejército de la caridad, las hijas de San Vicente de Paúl, y otras generosas émulas suyas, se han esparcido por ambas Américas, septentrional y meridional, empeñándose en el alivio de todas las miserias: ignorancia, pobreza, enfermedad, vejez, locura, males incurables y repugnantes, como la lepra, todo encuentra en ellas cuidado solícito, socorro, consuelo y afección.

Entre tanto, los antiguos monasterios de monjas contemplativas reflorecen, y otros nuevos se fundan, en las repúblicas más poderosas y adelantadas de América, en los Estados Unidos, Chile, la Argentina y el Brasil. Tan sólo donde impera el odio ciego al catolicismo puede hacerse guerra á casas de oración, en que unas pocas

almas escogidas se entregan al trato continuo con Dios, al cultivo de la virtud perfecta; y no, como pudiera acaso creerse, por una especie de egoísmo espiritual, sino por caridad ardiente para con el prójimo; pues ellas han de estar incesantemente rogando y expiando las culpas de un mundo que las desconoce, olvida, desprecia y persigue.

La vida contemplativa, los votos, la penitencia, la clausura: he aquí, dirán algunos, otras tantas cosas propias de la edad media, y contrarias al espíritu de nuestra época, á la libertad y civilización modernas; poco falta para que también pretendan que son contrarias al cristianismo. Y con todo, la palabra inmortal y divina de Jesucristo, ahí está eternamente justificando, encomiando, ensalzando la vida religiosa, muy en particular la contemplativa. El mismo que dijo: *Buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*¹, fundando con esta simple frase la verdadera civilización cristiana; Él fué quien exclamó también: *Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo*²; y: *María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada*³. La herencia de María, que representa al alma contemplativa, ¿no es por cierto, en el retiro y el silencio, contemplar la faz adorable, escuchar y meditar las palabras de vida del Maestro Divino?

Se nos habla de libertad, se compadece á las infelices monjas encerradas dentro de las cuatro paredes de su convento. Como si el ingreso y la permanencia de ellas allí, como si la voluntaria profesión de su regla no fuese el ejercicio más alto y sublime de su propia libertad, bajo la garantía de la Iglesia de Cristo, defensora de la libertad individual y social al través de los siglos. ¡Qué! ¿habría libertad para todo lo malo, y no la habría para servir y amar á Dios sobre todas las cosas? Tan evidente es el

¹ S. Mateo: VI, 33.

² S. Marcos: VIII, 34.

³ S. Lucas: X, 42.

uso legítimo de la libertad para vivir en los monasterios de clausura, que en los países anglosajones, aunque protestantes, donde, á no dudarlo, se sabe lo que es libertad civil y política, no se pone obstáculo ninguno á esta clase de fundaciones. Hay más: en Turquía, en pleno islamismo, no menos que en la China, en pleno paganismo, las monjas contemplativas no sólo son toleradas, sino respetuosamente acogidas y estimadas.

Alégase la inutilidad social de tales instituciones. En verdad, si no correspondiesen á su vocación, inútiles serían, sin que por esto hubiese derecho para destruirlas. Mas de esta decadencia, posible sí, aunque ya cada día más rara en nuestro siglo, que sabe tan bien retardar y probar semejantes vocaciones, los obispos solos y el Romano Pontífice son los jueces naturales y legítimos. Por lo demás, hablar de esta inutilidad es desconocer el espíritu del cristianismo y todo el orden sobrenatural. Á menudo se nos inculca la solidaridad humana. Pues bien, en la religión de Jesucristo existe también esta misteriosa solidaridad: todos somos hermanos, debemos ayudarnos recíprocamente á llevar nuestra carga. Este deber lo cumplen las religiosas de vida activa, acudiendo principalmente á las necesidades temporales, socorriendo al ignorante, al enfermo, al pobre, al encarcelado. ¿Y no hay por ventura necesidades espirituales, mayores aún que aquéllas? ¿Podrá darse mayor desgracia que el pecado y la enemistad con Dios, para individuos y sociedades? Sabed, pues, ¡oh enemigos gratuitos de las Órdenes contemplativas! que ellas tienen por uno de sus fines capitales expiar los pecados de los países en donde viven, orar por los que no oran, amar á Dios por los que no le aman, pedir la conversión de los infieles, interceder por los pecadores, sacrificarse por éstos, y salvar muchísimas almas que sin ellas no se salvarían.

¿No bastaría acaso el buen ejemplo de sus virtudes y sacrificios, la protesta de su vida pobre, casta, mortificada y fervorosa, contra el escándalo permanente de la codicia, la disolución y la impiedad? No seamos tan utilitaristas; y así como nos preciamos de conservar las obras de arte y los bellos paisajes, aunque no sean comercialmente productivos, sepamos también conservar estos jardines preciosos de la Iglesia, que admiran los ángeles desde el cielo y cuyo aroma, al través de rejas y murallas, vuelve más sano y agradable el ambiente moral que respiramos.

Escuchemos aquí una voz llena de majestad y persuasión, oída como oráculo en los Estados Unidos, la del cardenal Gibbons¹. Lo que él asevera de la gran república, permítasenos aplicarlo también á sus hermanas menores. «Si hay un país», dice, «en que la vida contemplativa sea necesaria, es nuestra joven y activa república, donde el espíritu de acción anima á todas las clases sociales. Á esta actividad, para que no sea exclusiva y absorbente, deben hacer contrapeso la reflexión y la contemplación, las cuales aprenderemos de las órdenes contemplativas. Gracias á Dios, la vida contemplativa no es desconocida entre nosotros, y nos muestra que los días de heroísmo no han pasado aún del todo. ¡Viva, pues, y florezca siempre!»

Á los romanos de la Roma pagana les mereció acatamiento profundo el colegio de las vírgenes vestales, á quienes se había confiado el fuego sacro de Vesta y el Paladión; Roma cristiana, divinizando aquella institución, la más espiritual del paganismo, presentó desde un principio el espectáculo sublime de las vírgenes de Cristo, en la iglesia y el hogar doméstico, entre las sombras de las catacumbas y en la resolana sangrienta del anfiteatro.

¹ Citado en el opúsculo «Carmel in America».

¡Y, á los veinte siglos de cristianismo, se perseguiría á la virgen cristiana como delincuente!... Donde ella se yergue, apoyada en su Esposo divino Jesús, retrocede la barbarie: tal sucedió, para simbolismo perpetuo, allá en los amenos valles de la Umbría, cuando Clara de Asís, llevando en sus manos puras el Sacramento Eucarístico, derrotó á los sarracenos. Acordémonos que mujeres como esta Clara, hija espiritual de Francisco de Asís, á quien debiera amar con entusiasmo la democracia moderna, Catalina de Sena, frágil instrumento de que Dios se valió para pacificar la cristiandad, Teresa de Jesús, honra magnífica de su sexo, han sido contemplativas y han habitado esos claustros. Perseguir á sus hijas es afrentar á la Iglesia, es cometer un crimen de lesa civilización.

En esta vida religiosa y contemplativa, entre estos monasterios y sus virginales familias, las hijas de Teresa de Jesús ocupan un lugar prominente; puesto que hasta hoy, en las cinco partes del mundo, han sabido conservar intacto el espíritu de recogimiento, de oración y penitencia, de ardiente caridad y generoso sacrificio, que les enseñó y dejó cual preciada herencia su santa Madre. Poco después de su muerte, América recibió á los representantes del Carmelo reformado, los cuales trabajaron, buenos obreros de la viña del Señor, en el reino de Nueva España. De entonces acá se han levantado, entre el Atlántico y el Pacífico, desde el San Lorenzo hasta el río de la Plata, más de cincuenta monasterios de carmelitas descalzas, como otros tantos castillos y baluartes, de lo sobrenatural en la tierra americana. ¡Quiera Dios se multipliquen aun más en todos los países y climas del inmenso continente, y todas sus ciudades principales abriguen en su seno estas centellas del amor divino! Extiendan á la par los religiosos del Monte Carmelo, sucesores de los profetas, hijos primogénitos de María, su campo de

acción por todas las repúblicas americanas, juntando íntimamente, cual exige el espíritu genuino de su Orden, la actividad del misionero y la contemplación del monje. Predestinada diríase la América entera para unos y otras, toda vez que la seráfica virgen avilesa, que tanto ilustró los caminos de la perfección y propagó el incendio del amor divino en la Iglesia de Cristo, mientras se llevaba á cabo la conquista de este nuevo mundo, parece también haber tenido por misión especial adoctrinar en la vida cristiana á este nuevo rebaño del Pastor Eterno de las almas. Que siempre miró la Santa estos países con particular cariño, esperamos probarlo inmediatamente; y luego hacer ver que, habiéndose ellos en cierto modo unido á ella por los estrechos lazos de la sangre y afecto natural, tienen título singularísimo para considerarse patrimonio de su familia espiritual. He ahí una consecuencia de todo nuestro estudio histórico, si éste logra de alguna manera el fin que nos hemos propuesto.

Sólo resta, y éste es nuestro voto más ferviente, que los americanos de Norte y Sur, sea cual fuere su raza, lengua y temperamento, aficionándose más y más á la lectura de las obras inmortales de la Mística Doctora, beban en ellas las aguas puras de la perfección cristiana, cada cual en la medida á él destinada y conveniente; y que por este y por los mil y mil medios que Dios sabe, los indios infieles acaben de conocer la religión verdadera, los protestantes se conviertan á la unidad de la fe y sumisión filial al Pontificado, los católicos todos se hagan dignos de este nombre; en una palabra, que toda la América se restaure en Jesucristo, y Jesucristo sea el único Rey de la futura Confederación de todas las repúblicas americanas.